Revista Contexto Geográfico

ISSN: 2595-7236

Artigo | Tradução

El Lugar: Encontrando el Futuro

O Lugar: Encontrando o Futuro

Milton Santos

Hoy, los posmodernistas, basándose en la aceleración contemporánea, sugieren que el espacio, la región y el lugar ya no existen. Reconociendo que, en la actualidad, ningún subespacio del planeta puede escapar al proceso conjunto de globalización y fragmentación, es decir, de individualización y regionalización, este texto sostiene que cada lugar se define tanto por su existencia corpórea como por su existencia relacional. Es así como los subespacios existen y se diferencian unos de otros. Dentro de este proceso de redefinición, el mundo —que, visto como un todo, nos resulta extraño— revela su existencia a través del lugar —nuestro próximo—. En el lugar conocemos el mundo por lo que ya es, pero también por lo que aún no es. De este modo, el futuro, más que el pasado, se convierte en nuestro anclaje.

DE LA METÁFORA AL CONCEPTO: LA IDEA DE REGIÓN Y LUGAR

La literatura del posmodernismo está repleta de metáforas geográficas. Esta fue también una moda en las décadas de 1960 y 1970 en los escritos de los filósofos: Althusser, por ejemplo, con las regiones de la sociedad (en el sentido de instancias), o Piaget, con las epistemologías regionales. Hoy, sin embargo, los posmodernistas de todas las tendencias se valen de las palabras de nuestro métier para sugerir, con base en la aceleración contemporánea, que el espacio ya no existe, la región ya no existe y el lugar tampoco existe más. De ahí que se hable de desvalorización del territorio (Badie y Smouts, 1992; Margolin, 1991), de desterritorialización (Chesneaux, 1989; Steiner; Ianni, 1993), de banalización y homogeneización (Oliveira, 1977), de precedencia del tiempo sobre el lugar (Virilio, 1984), de heterotopía (Lacan, Foucault) y de vaciamiento del tiempo como condición para el vaciamiento del lugar (Giddens, 1991).

https://doi.org/10.28998/contegeo.11i.11.22077

Artigo publicado sob a Licença *Creative Commons* 4.0

Submetido em: 10/10/2026
Aceito em: 30/10/2026
Publicado: 18/11/2026

Pero ¿qué decir, por ejemplo, de Michael Jackson? Según su manager Michel Avram, hablando en octubre de 1993 a un periódico de São Paulo, la más posmoderna de las estrellas pop globalizadas “no recuerda América del Sur. Pensaba que Caracas estaba en Jamaica” (Folha de S. Paulo, 9/10/1993). En el hotel cosmopolita donde habría surgido esta idea, uno de los integrantes del equipo llevaba una camiseta con las siguientes palabras: “Mi trabajo es tan secreto que ni siquiera yo sé lo que estoy haciendo”.

Ya que los geógrafos son algunas veces acusados de una alienación semejante, es cada vez más urgente la preocupación por producir, perfeccionar y renovar conceptos, de modo que sepamos siempre qué vamos a hacer... en Caracas, en Jamaica o en cualquier otro lugar...

Las metáforas alcanzan la conciencia, pero, de modo general, están lejos de proporcionar los instrumentos para el análisis de la realidad. Cuando Heinrich Heine exclamaba, en 1848, ante el milagro de los ferrocarriles, que “el espacio ya no existe”, anticipaba muchas otras imágenes provocadas por el progreso técnico a lo largo de este siglo y medio. En aquel tiempo, la geografía apenas forjaba sus armas y todavía no ostentaba derechos de ciudadanía. Hoy sabemos que los conceptos deben acompañar su tiempo para volverse operativos y, para ello, la inspiración es la historia del presente.

En el pasado distante, la región había sido sinónimo de territorialidad absoluta de un grupo, con sus características de identidad, exclusividad y límites, dada la presencia única de ese grupo, sin otra mediación. La diferencia entre áreas se debía a esa relación directa con el entorno.

Hoy, cada vez más, los lugares son condición y soporte de relaciones globales que, sin ellos (los lugares), no podrían realizarse, y el número de mediaciones es muy grande.

Las regiones se han convertido en lugares funcionales del todo, espacios de conveniencia. Ahora, en este mundo globalizado, con la ampliación de la división internacional del trabajo y el aumento exponencial del intercambio, se producen, paralelamente, una aceleración del movimiento y cambios más frecuentes en la forma y en el contenido de las regiones.

Nos acostumbramos a una idea de región como un subespacio largamente elaborado, una construcción estable. Pero lo que hace a la región no es la longevidad del edificio, sino la coherencia funcional que la distingue de las demás entidades, vecinas o no. El hecho de tener una vida corta no modifica la definición del recorte territorial.

Ahora, ningún subespacio del planeta puede escapar al proceso conjunto de globalización y fragmentación, es decir, individualización y regionalización. En el presente período histórico, la propia tecnología “es implosiva en sus efectos” (Schon, 1973:24-25). Y el tiempo acelerado, al acentuar la diferenciación de los acontecimientos, aumenta la diferenciación entre los lugares, mientras el fenómeno de la región adquiere universalidad. Al extenderse sobre todo el ecúmene, tiende a subdividirlo por completo.

LOS ACONTECIMIENTOS Y EL PROCESO ESPACIAL: EL ACONTECER SOLIDARIO

Ahora que la unidad de los acontecimientos sobre la faz de la Tierra puede comprobarse empíricamente con el fenómeno de la globalización, resulta más fácil verificar el papel del proceso histórico en la reelaboración regional.

Comencemos por admitir que el planeta, como entidad material y humana, es una totalidad y que, en cada uno de sus momentos, la historia también es una totalidad. Ambos, planeta e historia, serían entonces realidades que se transforman permanentemente para volver a convertirse en planeta e historia o, parafraseando a Sartre, totalidades en permanente proceso de totalización.

La división internacional del trabajo puede considerarse la energía de ese movimiento. Con la aceleración a la que asistimos, producto de la evolución concomitante de la ciencia, la técnica y la información, los llamados “momentos” de la división del trabajo se han vuelto mucho más numerosos. En cada momento, es como si la totalidad se escindiera para reconstituirse en el momento siguiente, cuando una nueva escisión renueva el movimiento.

No distinguiríamos entre unidad y diversidad si no supiéramos que la unidad es propia del planeta y de la historia y la diversidad es propia de los lugares. Cambia el mundo y, al mismo tiempo, cambian los lugares. Los acontecimientos operan esa conexión entre los lugares y una historia en movimiento.

El lugar, por lo demás, se define como funcionalización del mundo, y es por medio de él (el lugar) como el mundo se percibe empíricamente.

Un subespacio es un área continua del acontecer homólogo o complementario, del acontecer paralelo o jerárquico. En todos estos casos se trata de un acontecer

solidario, que define un subespacio, región o lugar. La noción de solidaridad, aquí, es la que se encuentra en Durkheim y no tiene connotación ética ni emocional. Se trata de llamar la atención sobre la realización obligatoria de tareas comunes, aunque el proyecto no sea común.

En una región agrícola, ese acontecer solidario es homólogo. En las relaciones entre la ciudad y el campo, es complementario, como también en las relaciones interurbanas. Pero, en una misma ciudad, dominada por una misma producción industrial —como, hasta hace muy poco, los zapatos para niños de Birigüi, Estado de São Paulo—, es posible identificar ese acontecer homólogo. Y existe también el acontecer jerárquico, resultante de las órdenes y de la información provenientes de un lugar y que se realizan, como trabajo, en otro. Es la otra cara del sistema urbano. No es que un lugar comande a otro, salvo como metáfora. Pero los límites a la elección de comportamientos en un lugar pueden deberse a intereses radicados en otro.

Tanto el acontecer homólogo como el acontecer complementario suponen una extensión continua, en la ciudad y en el campo, siendo la contigüidad el fundamento de la solidaridad. En el caso del acontecer jerárquico, en cambio, las relaciones pueden ser puntuales. Aquí, la solidaridad es independiente de la contigüidad. Es la diferencia entre proximidad espacial y proximidad organizacional (Gille, 1987).

En el primer caso, la copresencia es una causa o un efecto de la acción. En el segundo, se trata de teleacción (Moles, 1974), aquella presencia de cuerpos ausentes, para utilizar una imagen del poeta Paul Valéry. En el primer caso, se crea lo que estoy llamando horizontalidades y, en el segundo, lo que llamamos verticalidades. Estos son los nuevos recortes territoriales en la era de la globalización.

La territorialidad del acontecer histórico está siempre cambiando, conduciendo a la creación y recreación de aquello que Hagerstrand, en uno de los capítulos dispersos de su Geografía del Tiempo, llama “dominios”. En cada momento, hay siempre un mosaico de subespacios que cubre enteramente la superficie de la Tierra, cuyo diseño es proporcionado por el curso de la historia: la escala deja de ser una noción geométrica para estar condicionada por el tiempo.

La distinción entre lugar y región pasa a ser menos relevante que antes, cuando se trabajaba con una concepción jerárquica y geométrica del espacio geográfico. Por eso, la región puede considerarse como un lugar, siempre que se verifique la regla de la unidad y de la contigüidad del acontecer histórico. Y los lugares —véase el ejemplo

de las grandes ciudades— también pueden ser regiones. Tanto la región como el lugar son subespacios subordinados a las mismas leyes generales de evolución, donde el tiempo empirizado entra como condición de posibilidad y la entidad geográfica entra como condición de oportunidad. A cada temporalización práctica corresponde una espacialización práctica, que desatiende las solidaridades y los límites anteriores y crea otros nuevos.

EL LUGAR Y SU CONSTITUCIÓN

El espacio geográfico está formado por sistemas de objetos y sistemas de acciones, un conjunto indisociable (Santos, 1994). Cada subespacio incluye una fracción de esos sistemas, cuya totalidad es el mundo.

Cada subespacio se define conjuntamente por una tecnosfera y una psicoesfera, que funcionan de modo unitario. La tecnosfera es el mundo de los objetos; la psicoesfera es la esfera de la acción. Los objetos, naturales o artificiales, son híbridos —en el sentido propuesto por Latour (1991) y Gras (1993)—, ya que no tienen existencia real, valorativa, sin las acciones. Así, cada lugar se define tanto por su existencia corpórea como por su existencia relacional. Es así como los subespacios existen y se diferencian unos de otros.

Los espacios de la globalización (Santos, 1993), a los que estoy llamando medio técnico-científico-informacional, presentan diferentes cargas de contenido técnico, de contenido informacional y de contenido comunicacional. Los lugares, por tanto, se definen por su densidad técnica, por su densidad informacional y por su densidad comunicacional, cuya fusión los caracteriza y distingue. Estas cualidades se interpenetran, pero no se confunden.

La densidad técnica está dada por los diversos grados de artificio. Las situaciones límite serían, por un lado, un área natural jamás tocada por el ser humano y, por otro, un área donde solo exista aquello que Simondon (1958) llamó objeto técnico maduro, como el centro de negocios de una gran ciudad: espacios inteligentes dispuestos a responder prontamente a las intenciones de quienes los concibieron y produjeron, mucho más perfectos que la propia naturaleza.

La densidad informacional deriva, en parte, de la densidad técnica. Los objetos técnicos, ricos, por tanto, en información, pueden, sin embargo, no ser “accionados”,

permaneciendo en reposo o inactividad, a la espera de un actor. La información se realiza con la acción. Cuando, sin embargo, es unívoca, es una información obediente a las reglas del actor e introduce, en el espacio, una intervención vertical, que generalmente ignora el entorno, puesta al servicio de quien posee los instrumentos de mando. La densidad informacional nos informa sobre los grados de exterioridad del lugar, su propensión a entrar en relación con otros lugares y la realización de esa propensión, privilegiando sectores y actores.

La densidad comunicacional resulta de aquello que Berget llamaba el “carácter humano del tiempo de la acción”, ya que el acontecimiento puede verse como praxis intersubjetiva (Petit, 1991:31-38) o transindividual (Simondon, op. cit.:248). Ese tiempo plural de la vida cotidiana compartida es el tiempo conflictivo de la copresencia. Como lugar del acontecer solidario, homólogo o complementario, el lugar es ese espacio banal de la geografía (y no el espacio del economista, del antropólogo, del psicoanalista o, incluso, del arquitecto o del filósofo), creador de la solidaridad y de la interdependencia obligatoria generadas por las situaciones cara a cara de las que habla Schutz, pues para ese resultado es esencial que “usted y yo tengamos el mismo entorno”, ya que “solamente en esta situación [...] puedo asumir, con mayor o menor certeza, dentro de la realidad directamente vivida (experimentada), que la mesa que estoy viendo es la misma, y la misma en todas sus situaciones perspectivas” (Schutz, 1967:60).

Las relaciones comunicacionales tienen, pues, más que las otras, un “geographic flavour”, un “bouquet géographique”, porque se generan en el lugar y únicamente en el lugar, a pesar del origen, quizá distante, de los objetos, de los hombres y de las órdenes que los mueven. Las relaciones informacionales son verticales; las relaciones comunicacionales son horizontales. Las relaciones informacionales pueden ser “indiferentes” con respecto al medio social circundante. Las relaciones comunicacionales son una resultante del medio social circundante. Las primeras dependen más de la tecnosfera; las segundas, de la psicoesfera. Esto no quiere decir que tecnosfera y psicoesfera no interactúen; estamos apenas ejerciendo una exageración del discurso analítico. De todos modos y en las condiciones actuales, las relaciones informacionales transportan consigo el reino de la necesidad, mientras que las relaciones comunicacionales pueden señalar el reino de la libertad.

Siendo así, y contrariamente a una tesis vigente, la opulencia de los lugares, para retomar un término de Abraham Moles (op. cit.) al escribir sobre la información,

no provendría de su densidad técnica, sino de su densidad humana. Habría, entonces, lugares más o menos orientados hacia el presente y otros más orientados hacia el futuro, aquellos donde la riqueza comunicacional es mayor.

¿Qué es, hoy, la conciencia del lugar? No nos enredemos con esta cuestión, penúltima herencia de las ideas establecidas en un mundo casi inmóvil. Hoy, ciertamente más importante que la conciencia del lugar es la conciencia del mundo, obtenida a través del lugar.

EL LUGAR Y SU REDEFINICIÓN FRENTE AL MUNDO

Detengámonos, por un momento, en el análisis de uno de los aspectos esenciales de la constitución actual del espacio. Me refiero a las redes. Sabemos que son, al mismo tiempo, globales y locales. Son globales porque cubren todo el ecúmene y, en realidad, constituyen el principal instrumento de unificación del planeta. Pero también son locales, ya que cada lugar, a través de su estructura técnica y de su estructura informacional, acoge una fracción, mayor o menor, de las redes globales. En el lugar, estas presiden el trabajo y el capital (vivo) y determinan su naturaleza. Como nacionales o mundiales, las redes presiden la división internacional del trabajo y determinan la naturaleza de la cooperación. Como locales, las redes significan, sobre todo, la producción propiamente dicha. Como globales, se refieren principalmente a las demás instancias de la producción: circulación, distribución y consumo.

El trabajo de las personas de un área puede verse desde este enfoque: el trabajo permitido y explicado por un determinado medio técnico es también un trabajo directa o indirectamente gobernado por una regulación distante, cuyos objetivos son sectoriales, particularistas, exclusivos de una sola intención. Tales reglas, extrañas, se superponen, desafiantes y desestructurantes, a las normas localmente constituidas. Y a través del trabajo el hombre acaba por descubrir esa doble realidad, un camino hacia la ampliación de la conciencia.

La primera unión de las personas (en las zonas agrícolas modernas, por ejemplo) bien puede surgir del interés común en el resultado de una producción realizada localmente. La búsqueda de la productividad económica, en un determinado subespacio, puede concluir con el encuentro de la productividad política, mediante el fortalecimiento de la solidaridad, ya aquí en su carácter emocional y ético.

Ese conflicto entre trabajo particular y local y trabajo general y global es la base de un choque entre la cultura objetiva, impuesta desde fuera y obediente a las restricciones de la producción directa, sus técnicas y normas, y la cultura subjetiva, inspirada desde el interior de cada uno por consideraciones más amplias, cultura que es tanto mayor y más intensa cuanto mayores sean las posibilidades de acción comunicativa. Para Habermas (1973:22), mientras el "trabajo" es actividad racional en relación con un fin, la "actividad comunicacional" es interacción mediada por símbolos. Y, para Abraham Moles, la interacción es "la acción que interviene, modifica y perturba otras acciones en curso, independientemente de estas" (Moles, op. cit.:100).

En este sentido, el lugar no puede verse como pasivo, sino como globalmente activo, y en él la globalización no puede verse solamente como fábula. El mundo, en las condiciones actuales, visto como un todo, nos resulta extraño. El lugar, nuestro próximo, nos restituye el mundo: si este puede ocultarse por su esencia, no puede hacerlo por su existencia. En el lugar estamos condenados a conocer el mundo por lo que ya es, pero también por lo que aún no es. El futuro, y no el pasado, se convierte en nuestro anclaje.

Hemos vivido todos estos siglos encadenados a la idea de que el pasado sería el cemento de las sociedades y su hilo conductor hacia el porvenir. Nos cuesta ahora admitir que esos papeles puedan ser desempeñados por el futuro. Y que siempre hemos trabajado mucho más con la idea de recursos que con la idea de proyecto. Tal vez las fases precedentes de la historia no permitían la realización de utopías. Pero hoy, con el progreso científico y técnico y la empirización de la totalidad, el mundo nos garantiza que existen varias formas posibles —y viables— de construir futuros.

El lugar es la oportunidad del acontecimiento. Y este, al convertirse en espacio, aunque no pierda las marcas de su origen, adquiere características locales. Es como si la flecha del tiempo se doblara al entrar en contacto con el lugar. El acontecimiento es, al mismo tiempo, deformante y deformado. Por eso se habla de la imprevisibilidad del acontecimiento, a la que Ricoeur (1986) llama autonomía: la posibilidad, en el lugar, de construir una historia de las acciones que sea diferente del proyecto de los actores hegemónicos. Ese es el gran papel del lugar en la producción de la historia, y señalarlo es la gran tarea de los estudiosos del espacio en este fin de siglo.

REFERENCES

BADIE, Bertrand et Marie-Claude Smouts. Le Retournement du Monde, Sociologie de la Scène Internationale. Paris: Presses de La Fondation Nationale des Sciences Politiques - Dalloz, 1992.

CHESNEAUX, Jean. Modernité-Monde. Paris: La Découverte. 1989.

FOUCAULT, Michel. “Of Other Spaces”. Diacritics. v. 16, n. 1, Spring 1986. pp. 22-27.

GIDDENS, Anthony. As Conseqüências da Modernidade. São Paulo: Editora UNESP. 1991.

GILLE, Laurent. “Les Réseaux Privés face aux Réseaux Integrés Publics”. In Réseaux Privés. Actes des 9èmes Journées Internationales de l’IDATE. n. 30, nov. 1987. pp. 122-129.

GRAS, Alain. Grandeur et Dépendance. Sociologie des Macrosystèmes Techniques. Paris: Presses Universitaires de France. 1993.

HABERMAS, Jürgen. La Technique et la Science comme “Idéologie” (1968). Paris: Gallimard. 1973.

IANNI, Octávio. “Nação e Globalização”. In SANTOS, M. et al. Fim de Século e Globalização. São Paulo: Hucitec/ANPUR, 1993. pp. 66-74.

LATOUR, Bruno. Nous N’Avons Jamais été Modernes. Essai d’Anthropologie Symétrique. Paris: La Découverte. 1991.

MARGOLIN, Jean-Louis. Maillage Mondial, Espaces Nationaux, Histoire. Espaces-Temps, n. 45-46, 1991. pp. 95-102.

MOLES, Abraham. Ecologie de L’action. In Les Sciences de l’Action: Theorie et Pratique. Paris: CEPL. 1974.

OLIVEIRA, Francisco de. Elegia de uma Re(li)gião. Rio de Janeiro: Paz e Terra. 1977.

PETIT, Jean-Luc. La Constitution de L’Événement Social. In PETIT, J. L. (dir.). L’événement en perspective. Paris: Editions de l’Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales. 1991. pp. 9-38.

RICOEUR, Paul. Du texte à L’action. Essais d’Hermeneutique. Paris: Seuil. 1986.

SANTOS, Milton. Les espaces de la globalisation. Séminaire Analyse du système-monde et de l’économie mondiale. Paris: GEMDEV. 4 et 5 février 1993.

_____. Técnica, Espaço, Tempo: globalização e meio técnico-científico-informacional. São Paulo: Editora Hucitec. 1994.

SCHON, Donald. Beyond the Stable State: Public and Private Learning in a changing society (1971). Harmondsworth: Penguin Books, 1973.

SCHUTZ, Alfred. The Phenomenology of the Social World. Evanston: Northwestern University Press, 1967.

SIMONDON, Gilbert. Du Mode d’Existence des Objects Techniques. Aubier-Montaigne. 1958.RILIO, Paul. L’Espace Critique. Paris: Christian Bourgeois. 1984.